

J. J. LOPEZ IBOR

¿Por qué bebe el ser humano?

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen V. Enero-febrero 1977. Número 1.

Ayuntamiento de Madrid

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1977.

Ayuntamiento de Madrid

¿POR QUE BEBE EL SER HUMANO?

Prof. J. J. López Ibor

Los griegos, cuando pudieron evadirse de ser una sociedad tribal como lo eran los asiáticos próximos, crearon la religión homérica, por sublimación de cultos más antiguos y primitivos. En el monte Olimpo habitaban los dioses. Al emigrar las tribus tesalonicenses a las islas del mar Egeo, el culto de los dioses primitivos fue transformándose en el culto a los dioses olímpicos, tal como se halla relatado en la *Ilíada*; pero conviviendo con este movimiento religioso acaecía otro, más oscuro, menos intelectual y más ligado a los planos profundos del ser humano. Me refiero a la *religión de los misterios*, constituida por cultos a deidades *ctónicas o telúricas* procedentes de las profundidades de la tierra y del mar y asentada, sobre todo, en el empuje que la vida vegetal—la vegetación—comunicaba al hombre. Demeter, Hephaistos y Dionysos simbolizaban como deidades tales poderes. Entre esos cultos se hallaban, aparte del de Demeter, que simbolizaba la gran Madre Tierra, el de Orfeo. Una secta de rapsodas y pensadores órficos se esparcieron por Frigia en tiempos relativamente tardíos. Adoraban a Dionysos (Dios-Nysos), hijo de Zeus, por otro nombre Baco, dios de la vegetación. Y en especial, dios del cultivo de las viñas y de la vendimia.

Estos cultos se caracterizaban por la participación de sus adoradores en la antigua ceremonia de ofrenda a los dioses, en la que, al mismo tiempo, se imploraban ciertos do-

nes. Gracias a esa participación, los dioses dejaron de ser el *Mysterium tremendum* del Dios judeo-cristiano. Los actos mágicos de iniciación se convirtieron en nueva exaltación del destino del hombre sobre la Tierra. A los cultos podía asistir cualquier ser humano que estuviese libre del pecado de la sangre.

No hay que olvidar que en el mundo tribal anterior la ley imperante era la del Talión: Ojo por ojo y diente por diente. Era la ley de la sangre, que tomaba forma religiosa en los sacrificios humanos. La iniciación a los llamados «misterios» iba unida a la unión con la deidad respectiva.

El misterio iniciativo de la participación en el mundo de esos dioses telúricos culminaba en el éxtasis, el rapto y la locura. En aquellos tiempos, y aunque a nosotros nos parezca extraño, la separación entre la vida y la muerte, es decir, la muerte como término de la vida, permanecía en la penumbra de la conciencia. En los citados cultos, la experiencia de la muerte como algo constitutivo de la condición humana se vislumbraba algo más claramente; pero todo el mundo sabe, y cuando menos sospecha, qué difícil es mirar la muerte cara a cara. Es mirar la nada, el no ser. Cuando Adán y Eva fueron arrojados del paraíso no tenían experiencia de lo que era la vida al Este de Edén. El cristianismo iluminó definitivamente la conciencia del hombre, descubrió

un nuevo sentido de la vida y, por si fuera poco, la muerte como tránsito a otro mundo. Pero los griegos de aquella época no llegaban a tanto y resolvían ese tremendo y angustioso problema identificándose con ese sub-dios ctónico o telúrico llamado Dionysos, quien a través de los ciclos de la vegetación les nutría con la savia de la creencia en el *eterno retorno*. Era una experiencia de muerte y renacimiento que encubría la angustia ante el fin ineluctable de la vida. No se trata, en todas estas experiencias, de conocimientos racionales, sino de movimientos del ánimo. Recuerden ustedes que éxtasis quiere decir salirse de uno mismo y entusiasmo quiere decir estar en dios, en un dios como Dionysos.

Alguien de ustedes podría preguntarse a qué vienen estos recuerdos de tiempos tan pasados y tan lejanos: simplemente a poner de manifiesto la *estructura permanente de la naturaleza humana*. El hombre es un ser inacabado e imperfecto que siente la necesidad de alcanzar la perfección de alguna manera. *¿Por qué bebe el ser humano? ¿De dónde arranca esa sed que no se apaga con agua? Sed de vida humana, la cual le impele muchas veces a rebasar las coordenadas sobre las que se apoya la existencia humana.*

La inclinación a beber, la sed que no se apaga con agua, la sed que le lleva a beber vino y a otras toxicomanías, nace de la propia estructura del hombre. Noé al salir del Arca sintió con exceso la necesidad de beber esos poderosos y misteriosos líquidos. Entonces debemos preguntarnos por la significación de tal sed, de tal necesidad. Cuando uno no se detiene en las fronteras de lo auténticamente humano, se emborracha con lo que sea. Es un modo de liberarse de las limitaciones, de los sufrimientos y de las frustraciones de la vida. Es lo que Dionysos ofrecía en sus misteriosos cultos para hacer

la vida más placentera y lograr el olvido de los fantasmas que le hacían temblar y sufrir. El vino y el placer sexual se buscaba en aquellas fiestas para alejar no sólo los sufrimientos de la vida cotidiana, sino aquellos más hondos en los que se envuelve el misterio de la vida misma, el de su muerte y aun el de su nacimiento.

Si hablo de la borrachera es porque precisamente esa caricatura del beber nos puede mostrar el origen del deseo. ¿Por qué buscar emborracharse si sabemos que el hacerlo supone una degradación transitoria de la persona humana? ¿De dónde viene esa fuerza imantada tan poderosa? En la borrachera se altera, por una parte, el estado de ánimo, es decir, aquella parte de nuestra vida afectiva que llamamos sentimientos vitales que nos ponen en contacto con el mundo exterior e incluso con nuestro propio cuerpo, el cual, por una parte, nos pertenece—lo tenemos—como a otra cosa y por otra se identifica totalmente con nuestro ser personal, con la huella de nuestro espíritu. La vida humana se caracteriza por una superposición de estructuras; en lo más profundo encontramos la estructura vital que se halla fusionada con nuestra vida vegetativa. Allí están localizadas las regulaciones vitales, tales como el sueño y la vigilia, los apetitos, las sensaciones de bienestar o de malestar, etc. Pero este soporte vital-vegetativo con su presencia misma nos ata y reduce nuestro perímetro de acción. Los animales, a su manera, también lo tienen. El estrato del pensamiento es mucho más libre y casi ilimitado. El núcleo fundamental que forma la persona humana se caracteriza por su tensión *excéntrica*, es decir, hacia afuera, hacia el mundo de las personas y de cosas reales y también de las imaginarias. La imaginación, o sea, el poder imaginar lo que no se tiene en las manos, es constitutiva del ser humano. Si se

traspasa desmedidamente la frontera que existe entre lo real y lo imaginario se abren «las puertas de la percepción», como decía ALDOUS HUXLEY. Nuestro estado de ánimo cambia, como, por ejemplo, en la *experiencia del gran mediodía* de la que hablaba NIETZSCHE, o como en los llamados por los románticos «sentimientos oceánicos», tales como los despertada la *Novena sinfonía*, sobre todo en su último tiempo, cuando el coro canta «todos los hombres seremos hermanos...». Ese sentimiento oceánico que en algunos se vive como experiencia del *Abso-luto* o de alguna forma de un Cosmos distinto o divinizador.

Si nos preguntamos, por el contrario, por el polo opuesto de la existencia humana, vida, nos encontramos con la angustia. El ser humano no es que *se angustie*, sino que *es angustia*. La sensación o vivencia angustiosa se siente como estrechamiento, como «angor», como opresión, como amenaza vital.

Durante la crisis de angustia se nos aparece otro mundo de posibilidades oscuras, y vemos cómo el hombre es un ser que puede morir o enloquecer o perder su propia personalidad. La crisis angustiosa supone el otro polo de ese sentimiento oceánico de que hablé antes. Ambos polos representan situaciones límite de ser hombre. Son nuestras fronteras, las de todos.

El simple y cotidiano vivir es opaco; pero la opacidad se vuelve transparente, unas veces por emociones intensas y otras por oscilaciones en el tono vital; pero no hay vida en la que no aparezcan descubiertas o enmascaradas esas oscilaciones del mundo interior.

Desde el comienzo de los tiempos esas oscilaciones las sintió el hombre primitivo. El caer del día le ponía melancólico, del mismo modo que un día radiante le ponía feliz.

¡Y qué decir de la primera noche! El hombre se encontró con que ciertas bebidas, como el vino y ciertos tóxicos, servían para compensarle el ánimo, aunque la transgresión en su cantidad fuese peligrosa. Este descubrimiento debió ocurrir, aun antes de Noé, cuando el hombre comenzó a caminar al Este del Edén. Lo que Noé nos dio a conocer fue el peligro de extralimitarse.

En los cultos dionisiacos el hombre buscaba aquel sentimiento de felicidad inmensa, oceánica, en esa participación en la que un líquido divino: el vino, tomaba parte junto con la exaltación sexual. Era como un renacimiento. El vago temor del después, aquello que se preguntó el primer hombre fuera del paraíso, cuando vio extenderse por la tierra las sombras de la noche: «¿Qué pasará después?», le angustiaba. La vivencia del tiempo vivido, de la vida misma, cambiaba.

En una época en la que parece que el menester de la inteligencia sea el que NIETZSCHE bautizó con el nombre de inversión de todos los valores, unos cuantos amigos dedicados por naturaleza a estudiar la complejidad del hombre, con sus luces y sus sombras, nos hemos decidido reunir, de vez en cuando, para analizar el estado y porvenir de los problemas que más directamente atañen a esa forma de auténtica *scienza nuova* que es la Psiquiatría.

Hemos elegido como tema de esta primera reunión el del alcoholismo, que es, por una parte, un problema social y sociopolítico, y por otra parte, un problema nacional, familiar e individual que busca con anhelo en muchas ocasiones el auxilio psiquiátrico y médico. En esta introducción, y contando previamente con que la experiencia y la sapiencia de ustedes nos han de ilustrar muchísimo sobre el mismo, sólo quisiera decir algunas palabras sobre su íntima paradoja,

que no es sino proyección de una de las íntimas paradojas del ser humano. En el Salmo 104:15, la Biblia reconoce que el vino llena de satisfacción el corazón del hombre. En cambio, en el Génesis, dijo la serpiente a la mujer: «¿Cómo que os ha mandado Elohim que no comáis de los árboles del paraíso?» Y respondió la mujer a la serpiente: «De los frutos de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: "No comáis de él ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir"».

He aquí dibujados los corredores por entre los que discurre la vida humana. Cada vez son, históricamente, límites distintos los que le amenaza negativamente. Y la amenaza no procede, desgraciadamente, de un solo frente, aunque hoy nos reduzcamos a la más inmediata consideración de uno: entre los años 1960 y 1970 en Estados Unidos, por citar un ejemplo lejano, el aumento del consumo del alcohol creció en un 26 por 100 *per capita*. De acuerdo con la NIAAA, 95 millones de alcohólicos beben, de tal modo, que pueden considerarse alcohólicos o bebedores acusados, que son los capaces de crear problemas a sí mismos o a la sociedad. Muchos miles de bebedores tienen menos de veintiún años, y aproximadamente cerca de nueve millones, aparte de los anteriores, beben con exceso. Cerca de 13.000 cirrosis por año, la vida que se abrevia, la mitad de los asesinatos o el defensor o la víctima son los responsables; la cuarta parte de los suicidios son debidos al alcohol, la mayor frecuencia de divorcios (siete veces más) en los matrimonios, la mitad de los 55.000 fallecimientos en accidente de automóvil y la mitad del millar de heridos graves se deben a la misma causa, y por si fuera poco, 15 billones de dólares que se pierden en horas de trabajo, determinado por el mismo maléfico agente en la industria o en la Administración. ¡Y para qué alargar las

impresionantes estadísticas! Si citamos las de los Estados Unidos es porque presumen de hallarse en la línea del progreso estadístico.

La escena que he citado del Génesis halla sobre tales números su continuación: La mujer le refiere a la serpiente que Elohim les había prohibido comer del fruto del árbol situado en el centro del paraíso, y la serpiente le replicó: «No, no os moriréis; es que sabe Elohim que el día en que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis, como Elohim, conocedores del bien y del mal».

Dejemos de lado, por el momento, cualquier interpretación religiosa de este diálogo y considerémoslo simplemente como un mito. El hombre contemporáneo, borracho por la idea del progreso indefinido que le ha llevado a tantos progresos técnicos y científicos, poco a poco se emborracha más. Otros ejemplos podríamos aducir, como el del progreso de la Medicina y el incremento en los medios destructores de la Humanidad.

Y para que no parezcan demasiado desmedidas estas consideraciones basta con que pensemos en la propia y auténtica *igualdad* de los hombres. La igualdad no consiste en la de la riqueza, ni en la de la inteligencia, ni en la del valor, ni en la del odio. Otros muchos ejemplos podría citar. La igualdad se encuentra en el ser. ¿Qué hace la borrachera o la intoxicación por drogas? Igualar a todos porque los deja al borde de lo a-humano. De lo humano no puede prescindir porque sería prescindir de su propia vida. Sólo la muerte es la gran igualadora. Tan igualadora que nos describe en nuestra ignorancia. Podemos creer en lo que encontraremos tras traspasado su umbral; pero, ¿ciencia o conocimiento, en el sentido de conocimiento científico, en el que nos hemos educado? Este hecho demuestra que en lo más hondo de nuestra vida sólo poseen un núcleo común que al mismo tiempo ignora-

mos lo que es. Esa razón es la que demuestra, frente a estas experiencias, la igualdad del hombre, la del hidalgo y la del hombre de las mil caras. Por eso creo que, a pesar de tantas diferencias, el análisis personal del borracho poco tiene que ver con su condición social. No así, naturalmente, la vida vigil e incluso las manifestaciones de las primeras fases del modo peculiar de emborrachar su conciencia antes de oscurecerla.

En la actualidad el uso de las drogas se caracteriza por el politropismo de los drogadictos y además por comenzar a usarse en *edades muy precoces*. Con respecto a la marihuana, hay una corriente de opinión que defiende la tesis de dejar libre su uso, ya que así acabaría por desaparecer o por poderse controlar. *Es cierto que lo prohibido siempre atrae*, pero en este caso se manejan complejos dinámicos que pasan inadvertidos ante algunos psiquiatras y sociólogos. No es lo mismo usar una droga en la edad de la pubertad o en la adolescencia que usarla en plena madurez. Durante la pubertad y durante la adolescencia se inicia la formación de la personalidad humana y su estructura resulta incorregiblemente defectuosa, resultando incapaz para crear su conciencia de responsabilidad y con ello el establecimiento de un orden de valores internos que va a necesitar en el curso de su vida.

Podríamos definir al ser humano por su capacidad de desmesura. Los animales no son crueles. No tienen conciencia de tales. Cruel es el hombre que ignora que el otro hombre que está frente a él es una persona humana. Cruel es el marido que trata a su mujer como objeto, o viceversa. Cruel es el hombre que no reconoce sus límites y olvida lo que de *humano hay en el hombre*. Por eso la llamada sociedad del bienestar resulta en el fondo cruel, porque vive de la avidez

desmedida de las cosas, objetos y placeres, olvidándose de los valores personales.

Las drogas mágicas de Méjico y del Perú han surgido del sentido de su concepción religiosa de la vida y del mundo. La necesidad de trascendencia inherente, como he dicho antes, al ser humano tendía a saciarse artificialmente por el uso de tales drogas. En cambio, en el mundo actual el móvil que impulsa al uso de las drogas ha cambiado. Ni siquiera—es sólo una huída del dolor y sufrimiento—como ocurrió entre las dos últimas guerras europeas, después de las cuales surgió una epidemia de morfinómanos y de cocainómanos que al cabo de unos años cedió, al ir desapareciendo las secuelas de la guerra, sino la búsqueda de un placer que era como se buscaba la felicidad en el famoso cuento de SCHMIL.

Ahora las drogas se usan como experiencia nueva. Y la droga se venga de su abuso encadenándolos en su hábito, con todas sus consecuencias. Se calcula que en Nueva York hay más de 100.000 heroínómanos. Cada uno necesita imprescindiblemente de casi 100 dólares diarios para comprar heroína, aparte de los que necesita para mal comer y mal vivir. Una simple multiplicación nos demuestra la ingente cantidad de dinero que eso supone, que cifrando sólo lo que se necesita para comprar la droga supone unos 2.500 millones de dólares. ¿De dónde sale ese dinero? En la mayoría de los casos, del robo. Por eso, como dice un columnista americano STEWART ASLOP, Nueva York es una «ciudad agonizante». El exilio voluntario de los habitantes que no toman drogas y no quieren ser robados aumenta de año en año.

RESUMEN

El alcoholismo es, por una parte, un problema social y sociopolítico y, por otra, un problema médico. Se trata de un grave problema nacional

y mundial. El alcoholismo pertenece, como todas las toxicomanías, a la Psiquiatría, desde el punto de vista médico.

RESUME

L'alcoolisme est, d'une part, un problème social et socio-économique et d'autre part un problème médical. Il s'agit d'un lourd problème national et mondiale. Du point de vue de l'assistance médicale, l'alcoolisme appartient à la Psychiatrie de même que n'importe quelle autre toxicomanie.

SUMMARY

Alcoholism is, on the one hand a social and socio-political problem and on the other hand, a medical problem. It constitutes a serious national and world problem. Like all toxicomanias, alcoholism pertains to psychiatry, from the medical point of view.

Prof. JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR.

Instituto de Investigaciones Neuropsiquiátricas.
Avda. Nueva Zelanda, 78.
Madrid.

